

Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Centro Interdisciplinario de Estudios de Género

Sexo subversivo, un análisis crítico desde el pensamiento
patriarcal.

Nombre autor: Claudio Muñoz Debia
Profesión: Psicólogo
Pos-título: Orientación Vocacional
Magíster ©: Estudios de Género, mención Ciencias Sociales

Introducción

El presente ensayo intenta comprender, por medio de un análisis de las categorías sociales de sexo y género, algunas de las características que poseemos en tanto individuos ubicados en una estructura ideológico-políticamente patriarcal y heteronormativa. Conectando los aportes de Michel Foucault en su libro “Historia de la Sexualidad, tomo I” con referencias al pensamiento estructuralista caracterizado por Deleuze y la crítica al pensamiento patriarcal de Celia Amorós.

También se suma como aporte al análisis, la visión de Michel Tort en cuanto a que somos sujetos históricos y que esta historia se inscribe también en nuestro inconciente.

Luego se incorporan las críticas de Judith Butler expresadas en su libro “El género en disputa” en donde cuestiona la naturalización del sexo.

Se destaca la relación que tiene el sexo con el poder y cómo la patologización de ciertas formas de placer reflejan la incomodidad que ellas provocan en una estructura simbólica patriarcal.

Posteriormente se aborda la temática de la identidad homosexual en relación a su capacidad subversiva en tanto cuestiona el ordenamiento social patriarcal heteronormativo. Describiendo la doble discriminación que sufre la mujer lesbiana al pertenecer al género femenino y además orientar su deseo hacia sus congéneres, desacatando el mandato impuesto por la ley del padre mediante el cual debieran ofrecer su cuerpo al hombre heterosexual. También se plantea una crítica a la relación establecida entre el poder y el sexo, en tanto es materia que por medio de su elusión se destaca, al omitirla se releva, como una realidad velada tal como la homosexualidad que ha sido conminada al mismo tiempo que es materia de prolíficas elucubraciones acerca de su naturaleza.

Desarrollo

Al analizar la homosexualidad, tanto masculina como femenina, surgen preguntas importantes de plantear, sobretodo si intentamos lograr una comprensión con cierto grado de profundidad. En primer lugar, es importante referirse a la primera diferencia que nos construye como sujetos, esta es, la diferencia hombre-mujer. En segundo lugar, inquieta saber desde qué lugar ideológico estamos hablando, puesto que como seres humanos estamos insertos en una realidad histórica que permea nuestra propia autodefinición como individuos, desde las palabras que utilizamos, hasta la expresión de deseos y emociones, estamos situados en una realidad particular que es la consecuencia de una suma de procesos interconectados de los que no necesariamente somos activos protagonistas sino que más bien ocupamos ciertos lugares o posiciones que están asociados a requerimientos particulares. “En síntesis, los lugares en un espacio puramente estructural son primeros en relación con las cosas y a los seres reales que llegan a ocuparlos, primeros también en relación con los roles y con los acontecimientos siempre un poco imaginarios que aparecen necesariamente cuando son ocupados” (Deleuze, 1983, p.4). Así, desde la definición de hombres y mujeres que se nos atribuye previamente incluso a nuestro nacimiento, estamos sujetos a categorías que poco o nada tienen que ver con nuestra capacidad decisional. “En rigor de verdad, no existe todavía en nuestra época un código civil que convierta a los hombres y a las mujeres en personas humanas” (Luce Irigaray, 1994, p.38). Nacemos hombres o mujeres y esa diferencia está basada en un criterio anatómico que pone de relieve el cuerpo como elemento diferenciador y determinante en la construcción de nuestra subjetividad, basándose además en un dualismo artificioso característico del pensamiento occidental. Hombre-mujer, son las dos opciones que, basadas en el sexo, nos ubican en una posición dentro del orden sociocultural. “Occidente ha logrado no sólo –no tanto- anexar el sexo a un campo de racionalidad, sino hacernos pasar casi por entero – nosotros, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra individualidad, nuestra historia- bajo el signo de una lógica de la concupiscencia y el deseo. Tal lógica nos sirve de clave universal cuando se trata de saber quiénes somos” (Foucault, 2000, p.76). El sexo ha sido objeto de las más variadas censuras, controles, regulaciones y ha estado cubierto de un misterio sólo revelado a algunos. Ha sido un saber muypreciado que ha despertado el interés tanto de personas anónimas como de pensadores e intelectuales a lo largo de la

historia: “¿Por qué esa caza de la verdad en el sexo?” (Foucault, 2000, p 77) Por medio de esta interpelación, Foucault transmite la ambigüedad acerca del sexo, que por un lado se lo conmina y por otro se lo exagera, por medio de veladas alusiones se lo destaca, sugiriendo de manera tangencial que hay ahí algo importante, digno de curiosidad, probablemente allí se encontraría la liberación, e inquiera “ ¿O ese saber había llegado a tener tal precio –político, económico, ético- que fue necesario, para sujetar a todos a él, asegurarle no sin paradoja que allí se encontraría la liberación? (Foucault, 2000, p. 78). La importancia de entender el sexo, de develarlo, se relaciona con el intento de comprender quienes somos como seres humanos, para lo cual no sólo debemos explorar en las conductas observables o las prácticas sociales sino que debemos acercarnos a dinámicas no concientes que también juega un papel importante en nuestras interacciones y en la construcción de realidades. “La forma en que vivimos como ‘ideas’ las normas necesarias de la sociedad humana no es tanto conciente como inconsciente” (Amorós 1991, p.58). Lo anterior quiere decir que no necesariamente somos individuos autodeterminados, sino que las ideas, incluso normas que asumimos son adquiridas de modo inconsciente. “Las estructuras son necesariamente inconcientes” (Deleuze 1983, pag 8). No obstante, estas normas existen en un determinado contexto que es producto de un devenir histórico que expresa ciertas características que pueden ser descritas y aprehendidas y que por lo tanto, operan como matriz ideológico política dentro de la cual nos desenvolvemos. Esta idea es planteada por Michel Tort en su crítica al psicoanálisis señalando que los psicoanalistas debieran tomar en cuenta el peso de la historia al momento de analizar e interpretar síntomas o realizar un análisis clínico. “...cómo las teoría existentes en un momento dado que es el nuestro, están ligadas a construcciones políticas” (Tort, 2007, p.122). Tomando en cuenta esta idea de que la ahistoricidad es quimérica, sumada a la afirmación de Amorós quien dice: “...la ideología de la sociedad patriarcal constituye la feminidad como psicología oprimida” (Amorós 199, p. 59), nos acercamos a una mayor comprensión de cómo hemos llegado a ser quienes somos en tanto mujeres, en tanto hombres.

Cuando nos referimos a la situación de la mujer y a la situación del hombre generalmente pasamos por alto que la simple división de los sexos y los géneros es también un producto cultural. Se tiende a asociar el sexo a lo natural, puesto que el cuerpo y su anatomía harían una diferencia en sí misma. “No obstante, la consideración misma de sexo-como-materia, sexo-como-instrumento-de-significación-cultural, es una

formación discursiva que opera como una base naturalizada para la diferenciación entre naturaleza/cultura y las estrategias de dominación que esa distinción sostiene” (Butler, 2001 p.104) Y no sólo son ambos conceptos (sexo y género) un producto cultural sino que además habría una relación entre ellos de pugna en tanto sexo se asocia a lo natural y género se asocia a lo cultural y este binarismo subentiende una jerarquía y un conflicto de poder. “La relación binaria entre cultura y naturaleza fomenta una relación jerárquica en la que la primera libremente ‘exige’ un significado a la segunda y, por este motivo, la convierte en un ‘otro’ que se adecua a sus propios usos ilimitados, protegiendo la idealidad del significante y la estructura de significación sobre el modelo de dominación” (Butler, 2001, p104)

Al hablar de sexo, surge inmediatamente otra categoría que también se plantea generalmente en términos binarios y que está relacionada al sexo pero con un énfasis en el deseo en general y en las prácticas sexuales en particular, esta es, la categoría heterosexual-homosexual. En este caso, nos interesa la figura de el y la homosexual y las articulaciones discursivas mediante las cuales son subvaloradas al considerarlas como algo no natural, puesto que los y las homosexuales al no procrear (o mejor dicho, al no presentar deseo heterosexual), dentro de un marco heteronormativo y patriarcal, es decir, al no practicar el coito entre un hombre y una mujer, no estarían cumpliendo la tarea esencial de los seres humanos que es la de reproducir la especie humana. “La hija no tiene otro motivo de ser que el de convertirse en esposa y madre” (Luce Irigaray 1994, p.46). Dichas afirmaciones surgen desde un sustrato ideológico patriarcal caracterizado por la marcada jerarquía masculinizada que se basa en el orden simbólico que se establece a partir de la ley paterna. “La genealogía masculina es una institución específicamente cultural y se constituye como un orden simbólico estructurado en base al Nombre del Padre, que funciona como pivote del sistema” (Celia Amorós 1991, p.67). Es desde este orden simbólico desde donde la homosexualidad queda conminada y negada “Se considera que la especificación ontológica del ser, la negación y sus relaciones están expresadas por un lenguaje articulado por una ley paterna y sus mecanismos de diferenciación” (Butler 2001, p115). Sin embargo, las relaciones entre hombres tienen un origen ligado al patriarcado puesto que son los hombres quienes definen el intercambio de las personas (especialmente de las mujeres), mediante los sistemas de parentesco. “En realidad las relaciones que se establecen entre clanes patrilineales tienen su base en un deseo homosocial (lo que Irigaray denomina ‘hommo-

sexualidad'), una sexualidad reprimida y despreciada; una relación entre hombres que, en resumidas cuentas, está relacionada con los vínculos de los hombres, pero que se crea a través del intercambio heterosexual y la distribución de mujeres" (Butler, 2001 p.110) Muy relacionada a esta reflexión surge la pregunta planteada por Butler, quien inquiere: "¿Cómo se crea la heterosexualidad incestuosa como la matriz presuntamente natural y preartificial del deseo, y cómo se genera el deseo como un privilegio masculino heterosexual? (Butler, 2001, p.113) Butler intenta responder a esta pregunta apoyada en Foucault y su concepto de elaboraciones discursivas, que en ningún momento se explican, pero que son parte de un marco estructuralista. Podríamos pensar entonces que no se puede fechar el momento en que se estableció el tabú del incesto como la norma ontológica por excelencia y sin embargo existen claros efectos de esta heteronormatividad en relación a la regulación no sólo del deseo y las prácticas sexuales, sino también respecto de la natalidad

Michel Foucault, 2001, sostiene:

"Socialización de las conductas procreadoras: socialización económica a través de todas las incitaciones o frenos aportados, por medidas 'sociales' o fiscales, a la fecundidad de las parejas; socialización política por la responsabilidad de las parejas respecto del cuerpo social entero (hay que limitar o, por el contrario, reforzar); socialización médica, en virtud del valor patógeno, para el individuo y la especie, prestado a las prácticas de control de los nacimientos" p.101.

Ya hemos constatado cómo las mujeres han sido objetos de intercambio y que además ese intercambio representa la administración de sus cuerpos en función de fines reproductivos y de roles asociados a la maternidad y la hermandad, ¿pero qué pasa entonces con la mujer homosexual, cómo encajaría dentro de este orden androcéntrico? ¿Dónde se ubica la mujer lesbiana en este entramado masculinizado y heterosexista? Similares preguntas pueden plantearse en relación al hombre homosexual; ¿qué lugar representa este personaje definido como deleznable en tanto no cumpliría aquella función que se supone natural que es la reproducción sexual?. Es por esto que considero que la identidad homosexual cuestiona en sí misma el orden patriarcal dado que éste supone un esquema que no da cabida para mujeres no procreadoras ni para hombres que tienen sexo con hombres. Estos placeres escapan a la lógica patriarcal, sobrepasan

el entendimiento de dichas elaboraciones discursivas que pretenden regular la delectación y el goce y circunscribirlo a una práctica heterosexual adulta, exogámica y monogámica (al menos en el canon occidental). Todo aquello que escapa a esta normatividad sería calificado de perverso por medio de una conjugación de estos discursos y la psiquiatrización del placer disidente. “El instinto sexual fue aislado como instinto biológico y psíquico autónomo; se hizo el análisis clínico de todas las formas de anomalías que pueden afectarlo; se le confirió un papel de normalización y patologización de la conducta entera; por último, se buscó una tecnología correctiva de dichas anomalías” (Foucault, 2000, p.101)

Dentro de este proceso de normalización del disfrute sexual quedan fuera las formas homosexuales de la concupiscencia, pasando incluso a constituir una figura de ilegalidad avalada por la psiquiatría y una moralidad conservadora basada en una ideología patriarcal.

Y no obstante, tanto la homosexualidad masculina como la femenina, quedan fuera del ordenamiento simbólico, existen diferencias importantes en cuanto a la posición relativa en que estas identidades se ubican, puesto que en los hombres no cae la responsabilidad social de la crianza que ha sido naturalizada dentro del marco de la estructura patriarcal y que forma parte de los acuerdos que se instalan por medio del ordenamiento simbólico de la Ley del Padre. Sino que es la mujer homosexual quien representa una mayor subversión del orden simbólico al negar el acceso de la ley del padre en su cuerpo. Y por lo tanto, la censura a su forma de deseo homoerótico se expresa con mayor vehemencia en tanto ella no aceptaría la comedia de la “mascarada” (La mascarada es lo que hacen las mujeres para tomar parte en el deseo del hombre, pero a expensas de prescindir del propio” (Butler, 2001, p.121). De esta forma, Butler plantea que una de las tareas para la lucha consistiría en “...empezar a utilizar estrategias feministas de desenmascaramiento con el objetivo de recobrar o liberar el deseo femenino que haya estado oprimido por la economía fálica” (Butler 2001, p.121) Este deseo oprimido es el deseo homosexual, que constituye otra razón para el menosprecio sociocultural al que las mujeres, por medio del orden patriarcal, han sido sometidas. Así entonces, habría una doble sanción de su cuerpo. Primero en tanto mujer, y segundo, en tanto mujer homosexual.

Por medio de este análisis podemos observar cómo el ordenamiento simbólico estructura categorías en base a una ideología patriarcal, que por medio de un pacto

entre hombre heterosexuales, distribuye mecanismos de control y jerarquiza a la población según su anatomía y sus deseos.

Conclusión

Por medio de este análisis basado en los aportes de diversos autores que han pensado desde la perspectiva del género, podemos afirmar la importancia de entender el mundo social como algo que deviene y que se construye por medio de un proceso dinámico y que por lo tanto es posible de desconstruir y reinventar en pos de nuevas formas de orden social que tiendan a la democracia, a la apertura y a la inclusión. Para las personas con orientación sexual homosexual, estos planteamientos son un aporte en tanto permiten un actuar político fundamentado e invitan al cuestionamiento del modelo tradicionalista con sesgo patriarcal que condiciona tanto a mujeres (hetero y homosexuales) como a hombres homosexuales a asumir una identidad de segunda y tercera categoría bajo el supuesto de no cumplir con la tarea social reproductiva, en el caso de hombres homosexuales, y en el caso de las mujeres, por no poseer falo en un orden simbólico basado en la ley de padre.

Otra de las reflexiones surgidas al abordar el tema del sexo, tiene que ver con la conexión que este tiene con el poder. Ya Foucault nos advierte cómo el sexo se elude como tema y a la vez se destaca. Esa misma ambivalencia que presenta el sexo, nos hace pensar en cuál es su importancia, despierta el interés por acercarse a él. Pero los dispositivos de control se encargan de invisibilizar el tema, al igual que ocurre con la homosexualidad, se omite como realidad al tiempo que se tiene presente puesto que de lo contrario no sería necesario esconderla. Surge entonces la sospecha acerca de las motivaciones que esconde este acto de invisibilización del deseo homosexual. ¿Es la homosexualidad una práctica sexual inadecuada en tanto subvierte el orden simbólico de la ley del padre?, ¿Será que los homosexuales deben ser patologizados y calificados de perversos en tanto están fuera del pacto y del acuerdo que toman los hombres heterosexuales? ¿Es la mujer homosexual una amenaza a la estructura patriarcal en tanto desprecia sexualmente al hombre? Desde el análisis realizado podríamos dar algunas luces acerca de estas preguntas, sin embargo queda mucho por entender puesto que estos mismos análisis parten de un matriz de pensamiento occidental patriarcal que delimita nuestra forma de abordar estos temas y nos circunscribe a un razonamiento sesgado por el ordenamiento simbólico de la ley del padre.

BIBLIOGRAFÍA

Amorós, Celia (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Editorial del Hombre.

Butler, Judith (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Editorial Paidós.

Deleuze, Gilles (1983). “¿En qué se reconoce el estructuralismo?”, en *Historia de la Filosofía*, tomo 4 bajo la dirección de Francios Chatelet. Madrid: Espasa-Calpe,

Foucault, Michel (2002). *Historia de la sexualidad. Tomo I. La voluntad del saber* Argentina: Siglo XXI editores.

Tort, Michel (2007). “Un verdadero debate sobre el psicoanálisis” en *El padre y el psicoanálisis. Una historia política*. Palinodia.